

## LA IGLESIA CRECE DESDE LA BASE

*La Iglesia como Pueblo de Dios fue una de las grandes aportaciones del Vaticano II. Ahora bien, ¿sabemos lo que afirmamos al decir que la Iglesia es el Pueblo de Dios? ¿Cuáles son sus orígenes? ¿Qué estructura puede o debe tener el Pueblo de Dios? ¿Es absolutamente necesaria, teológicamente, su estructura jerárquica? La aportación del autor, especialista en Antiguo Testamento, pretende hacer frente a la crisis actual y aportar perspectivas enriquecedoras para superarla.*

*Kirche wächst von der Basis. Anmerkungen zum Volk-Gottes-Paradigma des Vaticanum II aus der Sicht eines Alttestamentlers, Theologie und Glaube 94 (2004) 1-21*

### INTRODUCCIÓN

Desde los inicios de su existencia, la Iglesia intenta hacer comprender quién es ella y cuál es su misión. Cada generación tiene que buscar una respuesta. No se trata de definir de nuevo la verdad fundamental de la Iglesia. Siempre es válido que Jesucristo es el fundamento y meta de su Iglesia, y que la Iglesia es “como el sacramento, es decir, signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano” (LG 1) y que, por tanto, nunca puede ser fin en sí misma sino que, más bien, ha de estar al servicio de todos los hombres. “La Iglesia terrestre y la Iglesia enriquecida con los bienes celestiales, no deben ser consideradas como dos cosas distintas sino que, más bien, forman una realidad compleja, integrada por un

elemento humano y otro divino” (LG 8). ¿Qué paradigma de Iglesia comprende y presenta adecuadamente en su esencia esta ‘realidad compleja’, es decir, la inseparable unidad de la relación de Dios con la humanidad, aún en medio de los condicionamientos culturales y sociales?

La Iglesia como pueblo de Dios fue el gran (re)descubrimiento del Vaticano II. Esta imagen parece apropiada para comprender la realidad compleja de la Iglesia y liberar las fuerzas espirituales de todos los creyentes, poniéndolas al servicio del Reino de Dios anunciado por Jesús (Mc 1, 15). Cuarenta años más tarde podemos preguntarnos: ¿en qué medida este paradigma ha sido realmente principio fundamental de la Iglesia? La profunda reflexión so-

bre la Iglesia, desde dentro, ¿la ha ido cambiando internamente hasta llegar a ser un espacio para la acción del Espíritu en el mundo de hoy (Jn 3, 8) y “sal de la tierra y luz del mundo”, siguiendo el encargo de Jesús? (Mt 5, 13).

Desde el punto de vista bíblico se pueden plantear más preguntas. El concepto de “pueblo de Dios” no es una creación verbal de la teología ilustrada. La biblia habla del “pueblo de Dios”, concepto de larga historia. El AT es, desde siempre, la sagrada escritura de los judíos. Pues bien, la *Tenak* (abreviación de la *Tora*, escritos proféticos y sapienciales), designa como “pueblo de JHWH” al pueblo judío bíblico y luego a

los judíos en su diáspora por todo el mundo. El mismo Yahvé ha fundado esta peculiar relación. Se trata del pueblo que Él ha liberado de la esclavitud de Egipto (Ex 3,7.10). En este acontecimiento de gracia, de entre todos los pueblos, JHWH ha hecho de Israel su propiedad, un reino de sacerdotes, su pueblo sagrado (Ex 19,3b-6; Dt 7,6-8; 26,16-19;). Si es válida esta constante denominación de pueblo de Dios, ¿en qué medida dicha categoría puede ser una categoría de la Iglesia, sin menoscabar las peculiares relaciones con JHWH que dicho concepto implica? ¿Ofrece el AT suficientes motivos para continuar denominando a la comunidad cristiana “pueblo de Dios”?

## IGLESIA COMO PUEBLO DE DIOS

### La situación actual

¿Qué pasa con la Iglesia? Es la pregunta que se formula Teodoro Herr, profesor emérito de sociología cristiana en la Facultad de Paderborn, en su último libro *Iglesia paciente*. Según su diagnóstico, la Iglesia pensaba ser *madre y maestra de todos* y podía contestar toda clase de preguntas apoyada en el *depósito de la fe*. Ahora, en vez de médico, es una paciente. Una mirada al panorama de la Iglesia en la Europa Occidental y Norteamérica, confirma este diagnóstico. Mientras las Iglesias hermanas de Latinoamé-

rica, África y Asia intentan realizar el encargo de Jesús de ser “sal de la tierra y luz del mundo”, desarrollando las transformaciones temporales y culturales del mensaje bíblico a partir de la doctrina del Vaticano II, parece que en la iglesia alemana la sal se ha vuelto sosa y la luz está escondida bajo el celemín. Que la Iglesia evangélica en Alemania no vaya mejor no es ningún consuelo.

Muchos cierran los ojos, sueñan en tiempos gloriosos y buscan la salvación en el centralismo romano. Otros proponen un cambio de paradigma: no hay que buscar las causas de la enfermedad,

sino lo que nos hace fuertes: la fe cura. Los sacerdotes están satisfechos. Se va hacia delante. Otros han descubierto la estadística y solucionan el problema de la falta de sacerdotes diciendo que, si se mira el número de los que hoy van a misa, resulta que, incluso hoy en día, hay más sacerdotes que hace 40 años... Otros se entregan a una actividad organizativa febril: agrupan las comunidades y las encomiendan a sacerdotes sobrecargados. Se montan planes pastorales que sólo pueden administrar la penuria. Fernando Kerstiens habla de ‘técnica pastoral’, concepto que muestra lo absurdo de estos planes. Se está a un paso de buscar refugio en firmas de asesoramiento de empresas, sobre todo porque, en asuntos económicos, la ayuda no va a llegar de arriba, tal como se decía en el vicariato general de cierta diócesis. La Iglesia se presenta como empresa que ofrece productos en temas como el sentido, la ética, la religión: “Jesús está de oferta”.

En una de sus amistosas discusiones con J. Ratzinger, Walter Kasper llega a decir que se da una separación cada vez mayor entre las decisiones romanas y la praxis local, de tal manera que casi se puede hablar de un cisma mental y práctico. En cuestiones éticas, sacramentales y ecuménicas, muchos creyentes y sacerdotes no entienden las regulaciones romanas y prescinden de ellas. Este urgente problema sólo puede solventarse con un paciente diálogo en cada Iglesia local y no con

medidas reguladoras desde Roma que más bien consiguen todo lo contrario.

¿Cuáles son las raíces de estas miserias? Tal vez la principal sea que una parte de la jerarquía de la Iglesia no ha asimilado el cambio de paradigma querido por el Vaticano II. Sucumbiendo a la tentación de dejarlo todo tal como estaba, se han sacrificado las consecuencias de lo que significa que la Iglesia sea el pueblo de Dios en el mundo, así como los cambios de mentalidad y las variaciones estructurales que todo esto conlleva. ¿Por qué muchos se encuentran a disgusto con esta imagen? Para comprenderlo es preciso volver la mirada hacia atrás.

## El Vaticano II

Hasta el Vaticano II, la imagen que guiaba la Iglesia era de raíz platónica: la sociedad perfecta, la comunidad ideal. La Iglesia como realidad inmodificable, el estado de Dios sobre la tierra, estructurado según la antigua filosofía de estado y, por lo tanto, necesariamente jerárquica. La aserción fundamental, “la Iglesia, siempre necesitada de reforma”, se entendió así: los hombres, el mundo, el tiempo y las relaciones tenían que adaptarse y asimilarse a la Iglesia. De lo contrario serían entregados a la perdición.

Cuando Juan XXIII inauguró el Concilio, esperaba que éste fuese un salto hacia delante, que re-

dundase en beneficio de una profundización de la fe y de la formación de la conciencia. Se trataba, pues, de romper con la imagen de una Iglesia ahistórica, alejada del mundo, tal como fue consolidada por el Vaticano I. Para superar esto se ofrecía la imagen, largo tiempo reprimida, de Iglesia como familia de JHWH, como “pueblo de Dios”. Teólogos como el jesuita H. de Lubac y los dominicos Y. Congar y M. D. Chenu, apoyándose en la Biblia y en los Padres, habían introducido en la teología dogmática la concepción de la Iglesia como pueblo de Dios ya desde 1930. Y habían justificado que la Iglesia descubre la huella de la verdad de Dios en su propia doctrina y predicación sólo enfrentándose a los problemas sociales y espirituales de la época. Toda definición abstracta de los artículos de la fe, separada de la historia, corre el peligro de falsificar el mensaje bíblico de la palabra de Dios, fundamento de la vida humana. Esta teología “nueva” (y, por tanto, falsa), fue combatida por Roma. Pío XII mandó a los superiores de las órdenes religiosas que apartasen de las cátedras a estos nuevos teólogos. Pero, ironías de la historia, Juan Pablo II elevó al cardenalato a H. de Lubac y a Yves Congar porque su teología había sido básica para el Vaticano II y su comprensión de la Iglesia como pueblo de Dios. La intervención del cardenal Suenens ante Pablo VI evitó, por cierto tiempo, la oposición de la curia, aunque ésta, en-

tre tanto, se organizó y esforzó para lograr la restauración del antiguo modelo de Iglesia.

La constitución dogmática del concilio sobre la Iglesia, *Lumen Gentium*, y la constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual, *Gaudium et Spes*, explican con profundidad qué es la Iglesia y cuál es su misión.

“Pueblo de Dios” es, pues, el concepto integral de Iglesia. Los seglares, los sacerdotes, los obispos y el papa forman la Iglesia, pertenecen a ella del mismo modo y, en cierta medida, al mismo nivel. Los cargos eclesiales son servicios “a fin de que todos cuantos pertenecen al pueblo de Dios y gozan, por tanto, de la verdadera dignidad cristiana, tendiendo libre y ordenadamente a un mismo fin, alcancen la salvación” (LG 18).

La Iglesia como pueblo de Dios tiene parte en las miserias de las comunidades humanas, y participa también en la esperanza de la gracia de Dios. La Iglesia como pueblo de Dios se va realizando en solidaridad, con la alegría y esperanza, tristeza y angustia que experimentan los hombres de hoy (GS 1). “De esta forma, la Iglesia, entidad social visible y comunidad espiritual, experimenta la suerte terrena del mundo, y su razón de ser es actuar como fermento y como alma de la sociedad, que debe renovarse en Cristo y transformarse en familia de Dios” (GS 40). “Para cumplir esta misión es deber permanente de la Iglesia escrutar los signos de los tiempos

e interpretarlos a la luz del Evangelio” (GS 4).

Esta postura de la Iglesia la sitúa ante temas de los que largo tiempo se había mantenido aleja-

da. El cambio de paradigma conlleva unas consecuencias en la praxis cristiana que muchos prefieren eludir. Ahí está la causa de tantas confrontaciones innecesarias y estériles.

## PUEBLO DE DIOS EN EL DIÁLOGO JUDEO-CRISTIANO

El horror ante el Holocausto, del que los cristianos fueron corresponsables, ya sea directamente o debido a un antisemitismo cultivado largo tiempo por la Iglesia, ha llevado a las iglesias cristianas a una profunda reflexión acerca de su relación con el pueblo de Dios de la *Tenak* y con las personas de fe judía. La amonestación de Pablo a los romanos fue de nuevo escuchada y tenida en cuenta: “no te engrías... sábetete que no eres tú quien sostiene la raíz, sino la raíz quien te sostiene a ti” (Rm 11, 18). De ahí resultan dos perspectivas nucleares: 1. Dios *no* ha anulado su alianza con Israel (Rm 9, 42s; 11, 29). Y 2. La Iglesia *no* ocupa el lugar de Israel (Rm 11, 17 ss).

A partir de este presupuesto, tanto la Iglesia católica como la evangélica, buscan una nueva forma de relación que exprese tanto la comunidad entre Israel y la Iglesia, como la prioridad de Israel en su elección como pueblo de Dios.

Se dibujan dos tendencias. Una se hizo pública en la decisión del Sínodo de la Iglesia evangélica en Renania (1980): la designación “pueblo de Dios”, vale sólo

para Israel. No pocos teólogos, evangélicos y católicos no ven ninguna continuidad inmediata histórica entre Israel y la Iglesia. Por esto han abandonado la concepción de pueblo de Dios como autodefinition de Iglesia. La continuidad está sólo en la acción salvífica de Dios en su creación y en la humanidad única, acción en la que, al fin de los tiempos también se incluyen “muchos provenientes de los pueblos”.

El Vaticano II, por el contrario, acentúa la continuidad histórica en su declaración *Nostra aetate* de 1965: “Al investigar el misterio de la Iglesia, este sagrado Concilio recuerda el vínculo con que el pueblo de la nueva alianza se encuentra espiritualmente unido con la descendencia de Abraham... La Iglesia de Cristo reconoce que los comienzos de la fe y de su elección se encuentran ya en los patriarcas, en Moisés y en los profetas, conforme al misterio salvífico de Dios. Reconoce que todos los cristianos, hijos de Abraham según la fe, están incluidos en la vocación del mismo patriarca y que la salvación de

la Iglesia está místicamente prefigurada en la salida del pueblo elegido de la tierra de la esclavitud” (NA 4).

Juan Pablo II ha seguido esta línea, contribuyendo en gran manera al entendimiento entre cristianos y judíos. En su alocución para conmemorar el vigésimo aniversario de la promulgación de la declaración *Nostra aetate*, subraya la importancia de esta declaración y propone la idea de una alianza espiritual “La declaración del Concilio expresa con gran exactitud que la Iglesia al reflexionar sobre este ‘misterio’ piensa en la alianza ya que ella está enlazada espiritualmente con el linaje de Abraham. Esta alianza es el verdadero fundamento de nuestra relación con el pueblo judío. Una relación que puede realmente describirse en términos de descendencia de Abraham y que tenemos sólo con esta comunidad religiosa... Esta alianza debe tenerse como alianza santa ya que proviene de la misteriosa voluntad de Dios.”

Ya en 1980, Juan Pablo II, en su alocución al Comité central de los judíos de Alemania y a la Conferencia de los Rabinos en Maguncia, pone en relación “el pueblo de Dios, de la antigua alianza nunca rescindida” y “el pueblo de Dios de la nueva alianza”. ¿Dos pueblos de Dios, dos Alianzas? Esta división es teológicamente problemática. Por esto actualmente se intenta desarrollar una concepción de alianza que incluya la Iglesia, y ponga de relieve la comunidad

de Israel y la Iglesia. Con ello se transforma la concepción de la alianza del AT en una única alianza, que abarca Israel y la Iglesia.

## Tres planteamientos

Mencionemos tres ejemplos de lo que venimos diciendo:

1. En las directrices de la asamblea principal de la *Alianza Reformada* (1990), se dice: “Dios no ha anulado jamás la alianza con Israel. Empezamos a entender que, en Cristo Jesús, somos hombres y mujeres que, procedentes de los pueblos del mundo, se nos ha concedido la dignidad de ser llamados a participar en la elección otorgada en primer lugar a Israel y a la comunidad en la alianza divina”.

2. *Zenger* opina que Israel y la Iglesia viven cada uno en total acuerdo consigo mismo y en una unidad interior que procede y se realiza en la gracia de la única alianza divina.

3. En su interpretación del salmo 25, que él ve unido, desde el punto de vista de su composición, con el salmo 24, *Norbert Lohfink* llega a la conclusión de que ya la *Tenak*, nuestro AT, asigna a cada uno de los pueblos, al fin de los tiempos, la participación en la alianza de Dios junto con Israel.

En mi opinión, ésta es la dirección correcta: es válido tanto para los judíos como para los griegos, los elegidos del pueblo de

Dios o los paganos, que el que oye siempre la voz de Dios y sigue sus prescripciones, ya tiene parte, aquí

y ahora, en la alianza de Dios, pertenece a su familia y es miembro de su pueblo.

## EL PUEBLO DE DIOS EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

Es importante tener presente que el concepto “pueblo de Dios” expresa una estrecha relación de parentesco entre JHWH e Israel que no se puede romper ni borrar. Alianza y elección refuerzan estos aspectos. La iniciativa proviene de Dios. Él elige, funda la Alianza, la renueva y le da eterno apoyo. Todo es pura gracia. Los epítetos (pueblo santo, propiedad particular, reino de sacerdotes etc.) no son cualidades que distinguen a Israel de los otros pueblos. En relación con los otros pueblos, Israel es un pueblo como los demás. Estos epítetos caracterizan exclusivamente las relaciones internas entre Dios e Israel. Lo que distingue a Israel de los demás pueblos es el hecho de que Dios toma a Israel a su servicio.

Al mismo tiempo, esta conciencia de peculiaridad tiene el riesgo de inducir la conciencia de exclusividad. En Esdras y Nehemías es visible una línea que cruza toda la historia de Israel y de la Iglesia. Frente a ella hay otra línea de más peso: la inclusión de todos los pueblos en la acción salvífica de Dios de cuño escatológico, válida también para el tiempo actual.

En mi opinión, en la discusión se han tenido poco en cuenta los

siguientes aspectos:

1) La redacción final del Pentateuco patentiza la concepción de una teología universal de la alianza. Se amplía la mirada más allá de la alianza con Abraham (Gn 15 y 17), en la que éste es un paradigma para Israel, pero también para los otros pueblos y se nos remite a la alianza con Noé (Gn 9). La alianza de Dios con los hombres se describe como una alianza eterna (9, 16).

2) El autor del libro de los Proverbios esboza una concepción filosófico-teológico-universal: a quien tiene corazón abierto y recta intención se le abre el camino del conocimiento de Dios, conocimiento que presupone la suma del temor de Dios, o sea, las correctas relaciones con Dios. Israel encontró a Dios siguiendo el camino de la Torá, mientras que los demás pueblos le encuentran por el camino de la Sabiduría que proviene de Él. A todos se ofrece orientación y acompañamiento. Todos los que tienen buena voluntad están invitados a participar en el banquete de la Sabiduría de Dios.

3) Como pueblo de JHWH, Israel es una “realidad compleja” (LG 8), al igual que la Iglesia. Pertenece al pueblo de Dios quien

practica en su vida la Torá, o al menos lo intenta. Oseas, por encargo de Dios, amenaza a los círculos dirigentes de la casa de Israel que desprecian la Torá: “Vosotros no sois mi pueblo, ni yo soy para vosotros El-Que-Soy” (Os 1, 9). En cambio, sí vale la promesa de un “nombre eterno” para los extranjeros, los expulsados de la comunidad cultural que viven según la Torá. Pues, “mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos” (Is 56, 1-7).

4) El rabino judío y profeta itinerante, Jesús de Nazaret, expone claramente la perspectiva universal de la Torá como núcleo de su predicación. En él, la Torá y los profetas han llegado no a su fin sino a su cumplimiento y plenitud. Ciertamente, Jesús se dedica en primer lugar a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mt 15, 24), pero también promete a la

mujer pagana la gracia y la ayuda divina (Mt 15, 28). En su predicación, sus signos y curaciones, trata de la renovación espiritual y ética de la comunidad de Dios. Agrupa en torno a sí mujeres y hombres de todas las capas sociales, y declara: “el que cumple la voluntad de mi Padre, es para mí hermano, hermana y madre”. La verdadera familia de Jesús es parte integral de la familia de Dios. En la medida que la Iglesia cumple este encargo, es parte de la familia de Dios, es el paradigma Iglesia “pueblo de Dios”.

La Iglesia, como pueblo de Dios, puede, y debe, de manera nueva y continuada, orientarse según la forma y el modo como el pueblo de Dios de la *Tenak* ha organizado y estructurado su comunidad a través de su larga historia en las condiciones más diversas.

## EL ISRAEL PREY ANTI ESTATAL

### Una sociedad tribal igualitaria

Según los más antiguos testimonios del AT y los últimos resultados de la arqueología, hacia el siglo XIII a.C. se encontraba en las zonas montañosas de Judea un interesante tipo de sociedad de la que aún hoy se conservan algunos restos. Se trata de una sociedad tribal igualitaria, sin instancia central y acéfala. Vive estrictamente separada de las ciudades-estado de

la costa, apodadas despectivamente “cananeas”. Se basa en el principio de solidaridad grupal que abarca todos los estratos sociales. La componen familias, clanes o tribus y las relaciones entre sí son relaciones de parentesco. Por esto se habla de “sociedades de parentesco”: en el conjunto del sistema, cada uno está emparentado de alguna manera con todos los demás. Así lo prueban los numerosos árboles genealógicos. Junto al principio de solidaridad está el prin-



cipio de igualdad entre los diferentes grupos y también entre los sexos. No se puede exigir servicios: sólo solicitarlos, basándose en el parentesco. Unos mecanismos de compensación mantienen en equilibrio las diferencias sociales entre pobres y ricos. A un pariente necesitado se le ayuda. Por lo demás, se da gran importancia a su independencia y libertad. Ante las pretensiones de dirigismo, se reacciona alérgicamente. Sólo las puede admitir el consejo de los ancianos del clan en un caso especial o una empresa común. Posteriormente, quedan anuladas automáticamente. La sociedad de parentesco es una sociedad abierta. Cualquier grupo puede incorporarse a ella, siempre que acepte los principios de solidaridad, igualdad y libertad.

La base de la vida religiosa es la gran familia. Los padres transmiten a la siguiente generación el *ethos* de la familia y del clan, practican la circuncisión, bendicen el matrimonio, entierran a los muertos, y conservan la memoria histórica del clan. Veneran al dios protector de la familia que se ha aparecido a algunos de los antepasados y ha asegurado la protección a sus descendientes. Cada familia tiene su propio dios protector. Se habla del Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob. Las grandes familias tienen un santuario local. Contratan especialistas para realizar el culto en nombre de todos (en Betel, Siquem, Gilgal, entre otros). La coexistencia entre los diferentes cultos es

pacífica, lo que posibilita el intercambio de experiencias religiosas.

## El Dios liberador de Egipto

Con este presupuesto, la adhesión de *una* gran familia, cuyo antepasado es Moisés, implica la posibilidad de conservar su dios protector e incorporarlo a la nueva comunidad como una riqueza. Según el credo de este gran grupo, su Dios se dio a conocer a su antepasado, Moisés, con su nombre: JHWH. Los liberó de la esclavitud de Egipto y en su huida una y otra vez los protegió. *Una* acción salvadora en el Mar de los Sargazos, se gravó profundamente en su memoria. La creencia en un Dios que libera de la esclavitud y preserva de cualquier dominio extranjero fue fundamental para la sociedad tribal que continuamente tenía que luchar por su independencia contra las ciudades estado de los cananeos. Esto era especialmente importante para los grupos empobrecidos y privados de sus derechos que se habían liberado del dominio de los estados de la costa y se habían adherido a la sociedad tribal. De ahí que, finalmente, la confesión de fe en JHWH, el Dios liberador de Egipto, fuera la confesión común de la sociedad de tribus. Lo cual no tenía consecuencias dignas de mención en la estructura y la vivencia de la vida religiosa de las grandes familias. Se establecía una relación entre la nueva experiencia religiosa y las experien-

cias de la propia historia, reconociendo a JHWH como el dios familiar. Así se llega a la identificación de JHWH con el Dios de Abraham, etc.

En cambio, la nueva confesión modificó decisivamente la conciencia de grupo de la sociedad de tribus. Unidos en la confesión de JHWH, se consideraban ahora como su gran familia, como el pueblo de Dios. Los principios fundamentales de la sociedad de parentesco (solidaridad, libertad e igualdad) son ahora partes integrantes e irrenunciables de la fe en JHWH.

## El pueblo de Dios y la monarquía

En el siglo X a. C., David, al mando de un grupo de mercenarios, aprovecha la inestable situación política de la zona para proclamar una monarquía y la creación de un estado nacional con una estructura feudal, administración centralizada y ejército profesional. Así se introduce la estructura social de clases: habrá expropiación de tierras a favor de los bienes del rey, prestaciones personales para los servicios militares y de la corte. Esto implica un golpe duro contra la igualdad de la sociedad tribal y la antigua fe en JHWH.

La dinastía de David hace de JHWH su personal Dios protector y Dios del Estado. Como los dioses de los otros pueblos, JHWH debe legitimar la dinastía

y asegurar su dominio interior y exterior. Quien es ahora súbdito de la dinastía pertenece al pueblo de JHWH. El igualitario parentesco, posibilitado por la fe en JHWH, se estructura ahora como jerarquía feudal: el pueblo de JHWH es el pueblo del rey. Su expresión religiosa es la construcción del templo como lugar sagrado estatal. Los santuarios locales se van disolviendo. Las personas dedicadas al culto -especialmente en tiempos de Josías- se trasladan a Jerusalén y son nombrados cortesanos. Se establece la dinastía sacerdotal con el rey a la cabeza. Quien puede sustraerse al dominio estatal actúa desde la base y acaba uniéndose a la resistencia antimonárquica, que se forma allí donde no llega la administración del estado (sobre todo en las regiones rurales, donde perduran las estructuras ideales de la sociedad tribal y revive el sentimiento de conciencia colectiva: el pueblo de la tierra). Será la base de un movimiento de renovación político y religioso que se bifurca en dos corrientes, con el empeño común de recuperar, bajo las nuevas condiciones políticas y sociales, la antigua creencia en JHWH. Una de estas corrientes defiende la anulación de la monarquía y el restablecimiento de la sociedad igualitaria parental (algo así como una democracia según el modelo suizo). El representante más significativo de esta corriente es el profeta *Amós*. La otra corriente parte de la realidad de la monarquía y se propone establecer de

nuevo los principios de solidaridad, igualdad y libertad bajo las condiciones de un sistema feudal. Representante prominente de esta corriente en el siglo VIII a. C., es *Isaías*, procedente de la corte de Jerusalén. En el siglo VII a. C., los representantes de la reforma deuterocanónica son hombres y mujeres carismáticos y algunos sacerdotes cortesanos. La teología cortesana de Jerusalén argumenta así: JHWH es el Dios del Estado, por tanto, sólo Él es el verdadero Señor y todos los demás, incluido el rey y la corte, están sujetos a Él y son responsables ante Él. JHWH considera al monarca como su Mesías, su Ungido, declara que es hijo suyo (cf. el salmo 2), no para que éste satisfaga sus propias ansias de poder, sino para que cumpla la voluntad divina revelada. JHWH es Dios Padre y Padre de todos, también de los explotados, privados de sus derechos y oprimidos por el nuevo sistema social. Él actuará contra los poderosos como su defensor y les ayudará a conquistar sus derechos. Esto vale para siempre, e incluso fuera de los límites nacionales.

Los profetas son los portavoces y protagonistas de este movimiento reformista. Sin miedo, y a menudo con peligro de muerte, proclaman ante los reyes y sus *adláteres* las antiguas creencias reveladas por el mismo JHWH. Este testimonio tuvo sólo un efecto limitado. Con todo, algunos sacerdotes y funcionarios se unieron a este movimiento. Al fin, también se puso al frente un rey, como

Josías. Visto en conjunto, durante la monarquía este movimiento no alcanzó un éxito definitivo. De todos modos, el mensaje de los profetas reformistas es hasta hoy de una explosiva actualidad.

## El pueblo de Dios en el exilio

Con la destrucción de Jerusalén y el templo (587/6 a.C.), se derrumbaron las columnas que sustentaban el estado y, con ellas, grandes esperanzas: dinastía y sacerdocio. Israel, prescindiendo de algunos episodios, no ha tenido desde entonces estado propio, hasta la fundación del actual estado de Israel. Con esto desaparecieron los señores feudales. La clase sacerdotal vivió un corto renacimiento en tiempos del segundo templo. Pero, con su destrucción por los romanos en el año 70 d.C., pasó definitivamente a la historia.

El movimiento reformista fue la única fuerza que resistió al desplome total y sus grupos se hicieron cargo de la dirección espiritual en el exilio. Por distintos caminos, lograron unir los restos del pueblo en nuevas comunidades de JHWH.

Los descendientes del movimiento reformista recuperan los fundamentos de la fe en JHWH, y los principios de la sociedad pre-estatal de parentesco, libre e igualitaria. Como el nuevo pueblo de Dios, vive como comunidad de JHWH por él formada y orientada a él. Se entiende a sí misma

como una comunidad que aprende de JHWH. Escuchando la palabra de Dios, llega a la fe y al amor (Dt 6, 1-3 y 6, 4), es decir, a un trato con el prójimo conforme a la Torá. La base de la nueva socialización es la familia y la reunión de familias en comunidad. Ellas son el lugar donde se enseña y aprende la Torá, aprendizaje que ha de durar toda la vida. Sólo cuando la palabra de JHWH esté íntimamente en la boca y en el corazón, se puede creer en Él, puede formarse la comunidad de Dios en este mundo (Dt 30: cf. Rm 10, 8-10).

Si alguna vez se reintrodujesen las instituciones estatales, éstas tendrían que servir sólo para la realización de la Torá, según el proyecto de constitución dado en el Deuteronomio (Dt 16, 18-18, 22). Los jueces han de establecer las condiciones correctas para juzgar según el espíritu de la Torá. Un futuro rey tiene el deber de estudiar la Torá cada día, ser fiel a todas sus palabras y así no elevarse por encima de sus hermanos, de cuyo medio él mismo ha salido. La clase sacerdotal es responsable de guardar y cuidar la Torá. No se prevé un culto sacrificial ejercido por los sacerdotes como intermediarios entre Dios y los hombres. El libre carisma de los profetas asegura al máximo que la Torá se actualizará y concretará teniendo en cuenta los signos de los tiempos y, si es necesario, se ampliará y completará para que la palabra de JHWH permanezca siempre muy cerca de los hombres.

El proyecto de constitución que nos ofrece el Deuteronomio es impresionante. Por primera vez en la historia de la cultura de la humanidad, se ofrece un modelo de estado con un poder compartido, basado en los principios de la libertad, igualdad y fraternidad, contrario al modelo feudal-jerárquico común hasta el siglo XX. En el modelo deuteronomico, que sólo las modernas democracias han podido llevar a cabo hasta un cierto punto, se “supera” el sistema de dominio feudal, conservando todo aquello que podría ser de utilidad, aunque no necesariamente, de cara a una reglamentación de la comunidad. Se transforma en una nueva comprensión de comunidad, en términos de sociedad fraterna, es decir, en un renovado parentesco con JHWH, el nuevo pueblo de Dios. Así, la sociedad proyectada en el Deuteronomio pertenece a la prehistoria de la Iglesia del NT.

## **El pueblo de Dios en las sinagogas judías**

El proyecto deuteronomico de constitución nunca se realizó, ni en el Israel postexílico ni en el resto de la historia de Israel. Ya hemos mencionado el motivo: no ha existido un estado judío hasta la fundación del moderno estado de Israel. Este estado es un modelo secular con todas las ventajas y debilidades de una democracia occidental cuya legitimación no proviene ya de la Sagrada Escri-

tura, aunque sus fundamentos se encuentran subyacentes en ella, sino del derecho natural, tanto del humanismo como de la Ilustración.

Pero el concepto de parentesco con JHWH, del pueblo de Dios, sigue vivo en la sinagoga judía. Basada en antiquísimas tradiciones bíblicas, es la comunidad más antigua que, hasta hoy, ha resistido a todas las crisis y catástrofes y ha conservado una identidad y solidaridad orientada por la Torá.

En la diáspora mundial, cada sinagoga sólo depende de sí misma. En medio de una cultura siempre extraña y de un medio ambiente muchas veces hostil, se mantiene con éxito llevando una vida fielmente judía, gracias a la Torá. Bajo la presión de los constantes desafíos, es natural que la sinagoga, sin ideología política, se adapte a los retos de la vida. Esto tiene como consecuencia que los modelos de existencia judía sean distin-

tos según los diversos lugares, pero siempre presuponen una comunidad que decide soberanamente y es responsable autónomamente.

En estas condiciones, la sinagoga se ha convertido en la institución más fuerte de la historia del judaísmo. La sinagoga es, hasta hoy, al mismo tiempo casa de oración, ayuntamiento, escuela y lugar de reunión de la comunidad judía autárquica. Manifiesta y realiza a través de sus actividades diarias la continuidad de la revelación de Dios en el Sinaí. “Donde hay una sinagoga se pone en marcha el experimento judío de supervivencia, el constante y riguroso ensayo de formar una sociedad humana según los principios de la Torá, reflejando en el presente cómo podría ser el espacio vital en el que Dios establecerá otro reino totalmente diferente” (Karl H. Müller).

## LA IGLESIA CRECE DESDE LA BASE

La vida de los primeros cristianos como familia de Jesús, se parece en algunos aspectos a los intentos que se realizan en las sinagogas. Esto vale tanto para sus múltiples formas y de cara a su inclusión en un concreto ámbito social, que le marca de una manera determinada, como para su pretensión y autenticidad. Las más recientes investigaciones en el campo del NT han probado que es obsoleta la idea tradicional de que

Jesús mismo fundó su Iglesia, incluidas sus estructuras. “Está irrevocablemente refutada la romántica idea de un crecimiento orgánico, en el curso del cual la Iglesia primera, como una semilla, contenía todo lo que luego se desplegará, tendiendo, sin ruptura, a su plenitud, tal como la encontramos en el tiempo postapostólico” (J. Roloff). J. Roloff, apoyándose en el NT, presenta cinco modelos de Iglesia en la primera cristian-

dad. El modelo más efectivo y persistente es el “paternalista”. Desde mediados del siglo II, se han evitado los otros modelos, poniendo en cuestión su legitimidad. El atractivo y la eficacia de la Iglesia paternalista radican en su adaptación al régimen doméstico de una gran familia jerárquicamente estructurada al modo helenístico romano (cf. 1 Tim 3; 2,9-15; Ef 4, 7-16). Pero es discutible que este modelo sea válido para la Iglesia en el mundo de hoy.

## Consecuencias y conclusiones

Desde aquí, volvemos la vista a la ya mencionada crisis de la Iglesia, que parece ser principalmente una crisis de dirección, y nos preguntamos por las consecuencias necesarias en orden a promover su crecimiento en el mundo de hoy.

1. Como todas las crisis, también ésta ofrece una oportunidad. La oportunidad de dar los pasos necesarios en el camino de la Iglesia del Concilio. Que la Iglesia sea realmente “pueblo de Dios”, en la línea de lo que hemos visto en nuestro recorrido por la tradición bíblica, judía y cristiana.

2. McKinsey y otras empresas de asesoramiento no pueden sacar a la Iglesia de la crisis. Estas empresas han dado su dictamen profesional. Pero, ¿es la Iglesia una empresa que ofrece al mercado

cosas como el sentido y dominio de la vida? ¡Esto es un callejón sin salida! ¿Más perfección en la organización de las estructuras? ¡Ya están demasiado alejadas de los hombres! Un colaborador del equipo de McKinsey afirmaba: hace falta un cambio profundo en el modo de pensar y que la Iglesia se centre en el núcleo de sus competencias.

3. La Iglesia como pueblo de Dios tiene que ser, en primer lugar, una Iglesia que escuche la palabra de Dios y a los hombres, a cuyo servicio se encuentra. Sólo oyendo se llega a la fe (Dt 6, 1-3) y al amor (Dt 6, 4s), o sea, a tratar al prójimo conforme a la voluntad de Dios. Sólo escuchando preguntas y problemas espirituales y sociales actuales se camina tras la huella de la verdad de Dios en la propia enseñanza y predicación.

4. Por tanto, la Iglesia como “pueblo de Dios” es una Iglesia que aprende. La expresión grandilocuente de *madre y maestra de todos* es obsoleta. Sigue siendo válida la advertencia de Pablo: “no te engrías... no eres tú quien sostiene la raíz, sino la raíz quien te sostiene a ti” (Rm 11, 18). Con la mirada puesta en el pueblo de Dios de la *Tenak*, la Iglesia no es la madre, sino la hija de la raíz de Jesé y, en su relación con la sinagoga, su hermana joven. La palabra del Señor aconseja humildad: “No os dejéis llamar ‘rabi’, porque uno solo es vuestro maestro; y vosotros sois todos hermanos... Ni tampoco os dejéis llamar ‘pre-

ceptores', porque uno solo es vuestro 'preceptor: Cristo' (Mt 23, 8ss).

5. Una Iglesia que aprende reconocerá los elementos fundamentales de su propia tradición. Libertad, igualdad, fraternidad no son invenciones del secularismo enemigo de la Iglesia que sacude sus bases, sino más bien los fundamentos bíblicos de la Iglesia como pueblo de Dios. Afirmar una comunidad de hermanos igualitaria, es decir, una comunidad que responsablemente se autodetermina en cada lugar, no es dar entrada a una democracia ajena a la Iglesia. Al contrario, es, desde siempre, la estructura fundamental de la Iglesia como pueblo de Dios. La nueva familia de Jesús y la antigua sinagoga que sigue viviendo nos muestra cómo actuar. De ahí proceden los actuales intentos de vivir en comunidades fraternas, p.e., las comunidades de base en Latinoamérica y Asia. No se trata un crecimiento salvaje, que corta con el pasado, sino que es expresión y signo de que el pueblo de Dios vive todavía hoy en la Iglesia.

6. A la tradición eclesial, que no comienza en el siglo I d. C., sino en el siglo XIII a. C., se le pueden dar las vueltas que se quie-

ra, pero sólo yendo contra la tradición puede afirmarse que el pueblo de Dios ha de tener esencial y necesariamente una estructura jerárquica y feudal. Es un hecho histórico que la Iglesia de Cristo se ha organizado al modo del Imperio romano y lo ha justificado teológicamente como algo necesario. Las razones son históricamente demostrables. Mencionemos una sola: el continuo y creciente anti-judaísmo y la lucha constante entre la Iglesia y la Sinagoga.

7. Que el "pueblo de Dios de la nueva alianza" (Juan Pablo II) quiera conservar, en su rama romana, la estructura "cananea", ajena a su origen divino, es algo consecuente con su ruptura con la tradición. Pero ha de someter esta rama del pueblo Dios así estructurada a la crítica profética y tiene el deber teológico de asumir el proyecto de constitución del Deuteronomio, llevándolo a la práctica con las adaptaciones oportunas.

Una Iglesia que escucha y aprende, saldría pronto de la crisis actual, y realizaría su misión en el mundo de hoy. Una Iglesia que se reforma siguiendo esta dirección, sería de nuevo "sal de la tierra y luz del mundo".

Tradujo y condensó: JOAQUIM M. ARAGÓ